

UN POETA ALMERIENSE EN TIERRAS DE JAÉN: JOSÉ REDONDO TAPIA

Por Juan Jiménez Fernández

EL personaje que hoy traigo a estas páginas quizá sea uno de esos modestos poetas —pero poeta al fin— a quien no interesó nunca la fama, porque sólo escribía para desahogo de su corazón, como Espronceda, pero al mismo tiempo se sentía incapaz de acallar su propio estro, ese aguijón que estimula sin cesar el alma del que siente en sí la fuerza irresistible de la creación. Porque eso es lo que significa la palabra **poesía**. De los cuatro verbos griegos con significado de «hacer», tres de ellos apuntan a la actividad material, a diferencia de *poieō* (del que han nacido **poema**, **poesía** y **poeta**), que quedó reservado para el noble sentido de «hacer con la inteligencia», esto es, lo que en español llamamos «crear». Platón explica el raptó poético como una posesión divina del artista, como un llevar un dios dentro, un «entusiasmo» (que tal significa), de suerte que —sigue diciendo el filósofo— *«los buenos poetas, en virtud de su asistencia divina, interpretan para nosotros los mensajes de los dioses»* (IÓN 335 a). Y concepción semejante a la de sus hermanos mayores tuvieron los latinos: *inspiratio* es sin duda la mejor traducción latina —por no decir la única— de ese «entusiasmo» a la griega.

* * *

Inspiración o entusiasmo es el mensaje que José Redondo Tapia nos ha legado en su poemario *Siguiendo tus huellas*, una antología de cuatro libros inéditos (del último de los cuales tomó su nombre), que vio la luz editorial en Almería en 1973, según confesión del propio autor. El prólogo es de Lorenzo Polaino Ortega, Consejero (y Vicedirector) que fue de este Instituto de Estudios Giennenses hasta 1987, además de fundador de la revista *Guad-el-Kebir*. Motivos profesionales trajeron a José Redondo (era Maestro Nacional) a estas tierras jaeneras allá por el año 1930 —a Villacarrillo en concreto—, donde pasó su juventud entregado a la afanosa labor de la docencia, pero sin abdicar nunca de su rendido fervor por las Musas ni de su divino favor desamparado. Y es que, como todo espíritu sensible a la belleza se daba a enaltecer los valores humanos, a pintar el paisaje que contemplaba o a cantar las excelencias del arte y sus artistas: la amistad, la familia, la belleza física o moral o la naturaleza en todo su esplendor. Cualquier tema noble era apto para adornarlo con las flores de la imaginación poética. Algo —o mucho— de esa antología quedó prendido entre los plateados olivos de la campiña giennense...

ATARDECER EN VILLACARRILLO

1943

Muere la tarde en la quietud augusta
del ancho campo, en soledad sumido;
el sol, rojizo y frío, se ha escondido
tras de la sierra cárdena y adusta.

Honda serenidad su paz derrama
sobre los campos y hasta el cielo asciende,
y en el pecho, fervor místico asciende
la campana que al Angelus nos llama.

Óyense lejos voces de pastores
que dicen melancólicos amores
de la tierra en sus cantos populares.

Ya en el cielo una estrella se ha encendido,
y la tarde, temblando, se ha dormido
sobre el campo sembrado de olivares.

AL CRISTO DE LA VERA-CRUZ (1)

1943

Frío, desnudo, el pecho lacerado,
y en la pupila inerte, el estupor
de verte en una cruz atormentado
por los hombres a quienes das tu amor...

Así estás, mi Señor. Un viento helado
de ingratitud renueva tu dolor,
de la maldad, del odio, del pecado
eternamente purificador.

Judas hoy, como ayer, besa tu frente,
y el rencor de los hombres te apalea
y te sube a la cruz perpetuamente.

Y yo veo con dolor, Señor, que tengo
una mano vil, cruel, que te apedrea
y que en la cruz con ella te sostengo.

MIRADA DEL SEÑOR (2)

1973

Cristo, me estás doliendo
con el dolor de siempre
que arrastro tras de ti.

Eres tú el que me dueles
—tus ojos y tus clavos,
tus caídas, tu cruz...—

Me llamas angustiado:
ven a mí, no te pierdas,
escucha...! Con apremio
me llamas. Yo te miro.

(1) Es el patrón de Villacarrillo.

(2) Poema dedicado también al Cristo de la Vera Cruz, según me informó Manuel Ceacero Sánchez, discípulo del poeta y villacarrillense de pro.

Tus ojos suplicantes
me clavan junto a ti.

Y ya, si voy o vengo,
si medito, si sueño,
si me afano o descanso,
me miras sin cesar.

Y qué angustia en tus ojos,
Señor, si me suplicas.
Y es que si tu me dueles,
yo a ti te duelo más.

LA VIRGEN MARÍA

Para mi sobrina Mari Carmen Redondo Solís, niña.

1963

La Virgen María,
la Madre de Dios,
los ojos, de cielo,
las trenzas de sol,
de nardo la frente,
jazmines los pies,
y el talle, palmera
triumfal de Israel;
pura, porque quiso
Dios que fuera así:
la noche de mayo
y el día de abril;
ángeles la cantan
con voz celestial,
y el hombre, por Ella,
remar y remar...

Remar la esperanza
que impulsa el afán
de verla en el cielo
por la eternidad.

La Virgen María,
la Madre de Dios,
los ojos, de cielo,
las trenzas, de sol.

LORENZO POLAINO, EN LA CALERILLA (3)

(Con motivo de la publicación de «*Semblanza de Cazorla*» y
«*Estudios Geográficos del Alto Guadalquivir*».)

I

1962

Quisiera ser pintor para fijar
con enérgicos trazos tu figura,
y la luz de tus ojos y tu hondura,
y el tupé de tu frente, sin domar.

Quisiera ser pintor para pintar
tu sierra de Cazorla y su hermosura,
y el río Guadalquivir, que puso a dura
prueba tu sacrificio en el amar.

Sierra y río serían nimbo y orla;
en medio, besarías tú Cazorla
sostenida con fuerza entre tus manos.

Y arriba, en el azul de un limpio cielo,
dos símbolos de amor tuyo cercanos:
la Giralda y el Cristo del Consuelo (4).

(3) «La Calerilla», finca de recreo de la Sierra de Cazorla.

(4) Don Lorenzo Polaino, cazorleño, Juez de Instrucción excedente, ha sido durante muchos años Secretario Judicial en Sevilla y profesor de aquella Universidad. El Cristo del Consuelo asume la mayor devoción de los cazorleños. (Notas del autor).

II

1967

(Con motivo de la publicación de «*Estudios históricos del Adelantamiento*» y «*La Sierra de Cazorla*») (5)

Absorto está mirando el caballero
—tras de las gafas la mirada ardiente
y el rebelde tupé sobre la frente—
la sierra de Cazorla y un sendero

por donde, en cualquier tiempo, fue a la altura
última de la Sierra, cumbre arriba;
la campiña se extiende a la deriva
por campos de olivares en la hondura.

El caballero sigue pensativo;
sentado, una cuartilla entre las manos,
ora escribe despacio y ora vivo,

despertando del sueño de la Historia,
caballeros, obispos toledanos
y adelantados dignos de memoria.

BAEZA Y EL AMOR

Al doctor Eutimio Tercero Cuadrado

1954

San Pablo, San Andrés, el Salvador...
Estalla abril, radiante en su alegría
de gozo en flor, y llora en agonía,
que en Baeza se muere ya de amor.

Suspira por el mundo su dolor:
«Tengo sed...». Vive Judas todavía.
¿Cósmica soledad, o una porfía
de clamores que le aúllan su rencor?

(5) Cazorla fue cabeza del Adelantamiento de su nombre, y en la jurisdicción eclesiástica perteneció al arzobispado de Toledo hasta la época de Pío XII. (Nota del autor).

¿De dónde, Amor, suspiran tus amores?

¿De dónde, Amor, la sed te da arideces?

¿Qué te dueles, Amor, de tus dolores?

No me padezcas más, Amor, lo que padeces,
que Baeza, a tus pies, tiene clamores
del amor, ¡ay Amor!, que te mereces.

Por este ramillete de sonetos, espléndidos de tersura y pulimento, podría decirse que José Redondo se adscribe a una línea clásica o tradicional, ¿y qué poeta no los ha compuesto alguna vez? El soneto, «*el antiguo príncipe de las estrofas en el Siglo de Oro*», en expresión de Navarro Tomás (6), ha experimentado diferentes alternativas según períodos; así, en el Neoclásico comienza a observarse una cierta reducción de empleo (a pesar de los intentos de ciertos poetas como Juan Bautista Arriaza, Nicasio Gallego y Alberto Lista porque no perdiera vigencia), la cual prosigue en el Romanticismo hasta casi perderse. Para algunos poetas románticos muy representativos (Arolas, Bécquer, Rosalía, etc.) debió de ser una forma poco grata; en cambio, con Bermúdez de Castro, G. Gómez de Avellaneda o Bernardo López García vuelve por sus antiguos fueros, tendencia que se puede entender no como un esfuerzo por resucitarla ni como un vasallaje estrófico con respecto de la tradición, sino como la más apta para las dedicaciones y los homenajes: obsérvese que, en su mayoría, está dirigida a personas o a figuras históricas o literarias con voluntad laudatoria, como los que dedica el poeta que aquí se presenta, o bien con afán fustigador y satírico, intencionalidad imposible de concebir —repito— en la serena y gozosa poética de José Redondo Tapia.

El soneto es, además, pieza majestuosa para la expresión de la religiosidad más profunda y cálida fuente de inspiración poética en nuestra literatura. Recuérdese —por citar una muestra— *El soneto a Cristo crucificado*, de fray Miguel de Guevara (aquél que comienza por «*No me mueve, mi Dios, para quererte...*»). José Redondo, por convicción e inspiración, no podía permanecer insensible a esa constante literaria tan española, y ahí están los que dedica *Al Cristo de la Vera-Cruz* y *A Baeza y el amor*. El tema mariano, por su parte, ofrece un atractivo tal como para su manifestación en forma de soneto; la Virgen, bajo diferentes advocaciones, tendrá igualmente sus «flores

(6) *Métrica Española. Reseña histórica y descriptiva*. Madrid, Guadarrama, 1972, 3.^a ed. corregida y aumentada, pág. 306, nota 3.

a María»: *Virgen del Mar* (1970), *Virgen María* (1943) y un soneto hecho saeta, *A la Dolorosa* (1943). Y fuera del corsé métrico que es el soneto, el poeta se deleita con la composición aparentemente sencilla, pero no por ello menos profunda, de la que son ejemplo *Mirada del Señor* y *La Virgen María*, que tiene aires de villancico.

He aquí, para mayor variedad temática, dos delicados piropos poéticos en versos octosílabos, también con voluntad de homenaje, a sendas amigas de Cazorla y de Villacarrillo, respectivamente:

MACARENA POLAINO

1962

Macarena, ¿eres tus ojos,
tu pelo, tu andar, tu talle,
tus brazos, tu voz, tu risa,
tu gracia, tu pie, tu baile?

¿Eres tu alegría joven
que se desborda a raudales,
o eres esperanza viva
que, viviendo, no lo sabe?

¿Eres la luz? Por tu cara
corren duendes celestiales
iluminando tus ojos,
tu risa, tu vida, el aire.

¿Qué eres, di? Mas es inútil.
Lo que tienes de adorable
sólo lo podrán decir
la flor, la brisa, los ángeles.

OJOS AMIGOS

A Merce del Arco

1967

Te estoy soñando en el mar,
Merce de los ojos bellos;

en sus vívidos destellos
 el sol se vino a bañar,
 y al quererte recordar
 en el agua limpia y pura,
 se me rompe tu figura
 en el espejo cambiante,
 mas me queda, en tu semblante,
 de los ojos la hermosura.

A renglón seguido, me complazco en ofrecer otros tres poemas de cuño completamente distinto, y ya no tan clásicos. No es preciso que descubra la escuela o al modelo, puesto que cuento de antemano con la sagacidad del lector familiarizado con la poesía de cualquier época:

DEL GUADALQUIVIR

1959

Guadalquivir, qué bien suena
 en el valle tu canción.
 Danza de verdes olivos
 al ritmo del sol.

Murió soñando un gitano
 de la Torreperogil
 y el sueño se ahogó en las ondas
 verdes del Guadalquivir.

Riberas del Guadalquivir,
 olivos verdes encendidos
 en el sol de abril.

Guadalquivir, en Mogón
 se hizo tu novia la noche,
 tu hermano de ruta, el Sol.

Ató un barquero su barca
 a un tronco de olivo verde,
 y a la barca y al olivo
 se los llevó la corriente.

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
 BIBLIOTECA DE CIÈNCIES
 DEPARTAMENT D'ESTUDIS
 DE CIÈNCIES

Luego, sentado en la arena,
meditaba así el barquero:
«No hay duda, fue que esta noche
segó la amarra un lucero».

Y, filosófico, añade
para consolar su pena:
«Ya tiene barca en Sevilla
mi Madre la Macarena».

Bajo los olivos
desfilan las sombras
camino del río,
cortijera, tu albahaca
huele igual que mi tomillo,
¡y yo tan alto, en la sierra,
y tú tan hondo, en el río!

¡Ay! Quien pudiera
cortar la rosa blanca
de la ribera.

Tu nombre es feo, Mogón;
pero son bellas las hierbas,
en festón, de tus senderos,
y el Guadalquivir en flor.

VILLACARRILLO, NOCTÁMBULO

1944

El pueblo, sobre La Loma,
sueña con nimbos de noche
y lunas para la siesta
de sus olivos sin flores.

Al filo de madrugada
con su pereza se duerme;
cuchillos de mil tinieblas
se clavaron en su frente,

y las lechuzas callaron
con silencio de ojos verdes.

Luna de plata redonda
remando la escarcha viene.
—¡Ay luna de los caminos
con filo de lirio y nieve!
Desnuda y con tanto frío,
y tan alta, ¿quién te tiene?
—Yo soy de plata, y la noche
me hizo adorno de tus sienas.

Arcos negros de los gatos
sobre tejados de cobre,
y en medio, de piedra parda,
como una flecha, la torre.

Mirador de las estrellas,
tan alta sobre la noche,
está mirando a la Luna
con sus cuatro ojos de bronce,
y con su aguja le borda,
para la garganta, un broche.

Bajo la Luna se miran,
en coloquio, los balcones,
las macetas se hacen guiños
con los ojos de sus flores,
y hay una danza de sombras
con eco de corazones.

Las estrellas se han colgado
del cielo, como faroles.

Y allá abajo, en la hondonada,
Guadalquivir, sus rumores
peina con hebras de luna
desde el balcón de la torre.

Ahora sí, ahora que el lector ha saboreado las dos poesías precedentes, se puede hablar ya de acento y maneras lorquianas, pero, para evocación del poeta granadino, ninguno como el poema que sigue:

RAFAELILLO EL DE PORCUNA

*Por el olivar venían
bronce y sueño, los gitanos...*

García Lorca (7)

1941

Por el olivar venía
Rafaelillo el de Porcuna,
por el olivar venía
blanco de noche y de luna.

Bronce en claridad bruñido,
con una vara en la mano,
cantando su bien, perdido,
va por la noche el gitano.

Va por la noche morena
dando al aire su pesar.
¡Ay!, qué bien dice su pena
el gitano en su cantar.

En Linares la tenía,
la tenía, y la perdí,
con lo que yo la quería,
con el amor que le di...

Caminito de Linares
iba cantando el gitano
y era su copla un lamento.
Iba por los olivares,
con la luna de la mano,
dando su pesar al viento...

No quiero clausurar esta presentación sin trazar algunas pinceladas del maestro que fue. Había nacido en Purchena (1909), en pleno valle del Almanzora, cuyo verde paisaje ha caminado con él, interiorizado, hasta producirse la eclosión poética:

(7) Estos dos versos introductorios, como el lector habrá adivinado, son los números 24 y 25 del «Romance de la luna, luna», perteneciente a su vez al *Romancero gitano*.

1971

Almanzora, río Almanzora,
 qué de prisa van tus aguas,
 entre verdes alamedas,
 al pie de altas montañas.

En el son de tu corriente
 se va, contigo, mi alma:
 recuerdos que también llevan
 un son de dulces nostalgias (8).

El paisaje almeriense quedaría ayuno si el poeta no paseara su vista por el Mediterráneo (9):

El mar —la mar—, sus azules,
 sus grises, sus verdes, lilas...;
 el mar, y en el rostro, el fresco
 delicioso de la brisa.

Atardecer en el Morro 13-16

Ser poeta y amante de la pintura es un prodigio de simbiosis artística que aureola su exquisita sensibilidad: sus paisanos Juan Ruiz Cuadrado, Jesús de Perceval y Julio Visconti, insignes pintores (10), recibieron su tributo de admiración en forma de soneto, porque Almería es

tierra de sol y de mar, y de veleros;
 de pintores, poetas y senderos
 para alargar al mundo tu ventura.

Almería 9-11

Pues bien, en su magisterio supo llevar ese doble amor a las aulas y contagiarnos a todos los que tuvimos la fortuna de oírle entonar poema tras poema, pero sin el efectismo declamatorio de los recitadores profesionales (al fin y a la postre era un ejercicio didáctico): teníamos como manual una *Antología de la Literatura Española* (restringida a los siglos XVIII y XIX), editada por el Instituto de España en 1938. Por ser el primer curso de la Pos-

(8) Breve romance que inevitablemente nos recuerda aquel otro *Romance del Duero*, de Gerardo Diego. Este río servirá de tema literario al poeta en *Armuña de Almanzora* (1952), *Después de la tragedia de nuestro río* (1973) y *Atardecer en mi alameda* (1973).

(9) Poetizado además en *Almería* (1973), *Luz del mar* (1964), *Mojácar* (1973), dedicado al Marqués de Lozoya, y que consta cinco sonetos, y —cómo no— en *La Virgen del Mar* (1970), la Patrona de Almería.

(10) Sin olvidar la composición a *Picasso. En el día de su muerte* (1973).

guerra, el grupo de aquel 6.º Grado era de aluvión, con edades comprendidas entre los siete y ocho años, los más pequeños, y los catorce y quince.

En torno a la mesa de don José cada alumno debía leer por turno un trozo de la poesía señalada, tratando de imprimirle un discreto énfasis recitativo, que alguno no acababa de asimilar por parecerle ridículo y hasta cursi: al final terminó por acostumbrarse e, incluso, por darle a la lectura una afectación que resultaba engolada y pedante. De ese modo tan sencillo fuimos conociendo a los fabulistas del XVIII, la esproncediana *Canción del pirata*, la cuasi épica oda *El Dos de Mayo*, de nuestro Bernardo López García, memorizada por muchos de nosotros, la exótica *Oriental*, de Zorrilla, pero por encima de todas, impresionaban nuestras cuerdas más sensibles *El gaitero de Gijón*, de Campoamor, y *La cuna vacía*, de José Selgas.

Un curso tan heterogéneo por su diferencia de niveles exigía una especial dedicación a los más atrasados, y un ímprobo esfuerzo, que en ningún momento alteraba el carácter, siempre jovial y afable, del maestro. Los demás, una vez cumplidas las sucesivas tareas obligatorias, entre una y otra, podíamos repasar la lectura del día o «tomarnos» entrambos compañeros de pupitre tal o cual poesía hasta memorizarla, o bien, con entera libertad, acercarnos a la mesa de don José para hojear (amén del diccionario, de libre disposición siempre) unos álbumes a cuyas hojas estaban adheridos —recortados de revistas ilustradas— los cuadros pictóricos más famosos, tanto nacionales como extranjeros: Velázquez, Rafael, Murillo, Goya y El Greco nos resultaban tan conocidos como Iriondo, Panizo, Unamuno, Gárate y Elices... En fin, volviendo al episodio de los álbumes, solamente añadiré que don José, a falta de las materias artesanales más primarias, había compuesto sus páginas con ¡papel de estraza...!

A mediados del decenio de los cuarenta se instala en Madrid, en donde culmina su última etapa docente formando parte del Consejo Escolar Primario de los Suburbios de la capital (entonces Vallecas era un barrio periférico). Tras su jubilación, regresa a su añorada patria tierra, que lo acogerá eternamente en 1982.

* * *

Solamente añadiré, a modo de epílogo, que, cuando evoco el recuerdo de este devoto de la Belleza, de este platónico espíritu, no puedo por menos que asociarlo a un pensamiento del poeta Simónides de Ceos (siglos VI-V a. C.), que leí tiempo después: «*la pintura es una poesía que calla; la poesía, una pintura que habla*, regla de oro que predispone de modo inconsciente al sublime goce del placer estético.